

# Los jóvenes y la misión

## 1. Un momento privilegiado

Los misioneros vivimos en la actualidad *un momento privilegiado*: la sociedad en la que vivimos es una realidad de misión. Partir de la realidad no sólo nos otorga un enorme optimismo pastoral, sino que despierta una vez más en nosotros la necesidad de responder con audacia y generosidad al mandato del Señor: hacer discípulos suyos de todos los pueblos.

Tener un carisma misionero, tanto a nivel personal -como personas entregadas al anuncio del evangelio- como a nivel congregacional -como miembros de grupos o comunidades evangelizadoras-, es un verdadero don para esta Iglesia del siglo XXI, especialmente en nuestro país. Es cierto que querida Iglesia existe en un mundo post-cristiano, desigual e indiferente, confuso y difuso, en el que la fe ha pasado a formar parte de la vida privada de las personas. Ha descendido la significatividad de la comunidad cristiana en el común de los mortales. Pero no podemos olvidar que el trasfondo, la tierra donde se asienta el edificio social, el meollo que subsiste en la base, es cristiano y fue plantado por los primeros misioneros que trajeron a nuestra tierra la fe en el Señor Resucitado.

Por eso, para comenzar, una buena dosis de *optimismo*: estamos en un momento privilegiado como Iglesia, donde ser misionero tiene más sentido que nunca. A pesar de ser miembro de una congregación misionera, la verdad es que nunca han despertado en mí mucha atención los grandes misioneros de mi propia congregación en la historia reciente de nuestro país (época de cristiandad militante y masificada). Es más, siempre he pensado que todas las condiciones les favorecían. La verdad de su éxito era la combinación entre un clima propicio y unas cualidades personales excepcionales, que no seré yo quien las niegue o minusvalore. De cara al presente, me preocupa más qué es lo que quiere el Señor de nosotros cuando el clima no es propicio y nuestras cualidades no son tan espectaculares. Porque el Señor nos ha llamado a nosotros, y sólo nosotros vamos a transmitir hoy la buena noticia de la salvación, sin apoyos institucionales y con una carga histórica que en muchas ocasiones nos va a frenar.

Durante una conversación con un joven de uno de los colegios en los que trabajo pastoralmente en Granada, el muchacho definía la eucaristía dominical de su parroquia como “un campo de coliflores”. Las coliflores corresponden a los peinados de las ancianitas que todavía nos son incondicionales, gracias a Dios. La Iglesia misionera de hoy es la misma que cultiva un campo de coliflores –si se me permite seguir con la imagen-, pero que vuelca sus

esfuerzos y energías en cultivar nuevas frutas y verduras, más frescas, algunas exóticas, que den variedad a este huerto que es la Iglesia. Y ya algún santo nos habló del huerto... aunque a los jóvenes el huerto les sonará a otra cosa.

Muchos son los retos que la Misión nos presenta hoy. Son muchas las personas que aún no han escuchado la Palabra de Dios, o que si la han escuchado, la han dejado pudrirse y no dar fruto. No estamos en tiempo de conservar, sino en tiempo de construir, de buscar, de plantar. La Iglesia no vive un largo invierno resistiendo al frío con los granos que se recolectaron durante el verano. Estamos en primavera, en la Pascua, y hay que salir del hormiguero y comenzar a anunciar el Evangelio con la fuerza del Espíritu Pentecostal.

Y la gran esperanza de la Iglesia son siempre los jóvenes, ese grupo de la sociedad expresivo, genial y vitalista, que puede contagiar a toda la Iglesia de la novedad del Espíritu Santo. Pero, como diría San Pablo años ha: los jóvenes, “¿Cómo van a invocarlo si no creen en él? ¿cómo van a creer si no oyen hablar de él?, ¿y cómo van a oír sin alguien que proclame?, ¿y cómo van a proclamar si no los envían?” (Rom 10, 14).

Amigos y hermanos, poseemos, para ser entregada, la mejor de las Noticias, y una oferta de vida que cualquiera desea... pero las presentamos tan encajonadas, tan cercadas, tan definidas, que no vemos que nuestro peor enemigo son nuestras propias convicciones. Hay que dejarse de convicciones y avanzar por los caminos que aún no han sido recorridos por los pies de ningún mensajero. Abrámonos con sorpresa al mundo de los jóvenes y dejemos que el mismo Espíritu nos lleve hacia ellos.

Por eso, a continuación, no pretendo dar claves desconocidas para la pastoral juvenil en la misión, sino compartir con vosotros mi experiencia misionera. Lo hago como misionero y como joven. Trataré de responder a los puntos que me han pedido que afronte desde la organización de estas IV JORNADAS DE MISIONES POPULARES de la CONFER. En primer lugar, veremos cómo está el panorama en cuanto a jóvenes e Iglesia. A continuación, trataré de describir los puntos de contacto entre ambas realidades y las dificultades que frenan el anuncio del Evangelio a los jóvenes. Finalmente ofreceremos una lista de retos y propuestas a tener en cuenta en la evangelización misionera que todos vosotros lleváis entre manos. Y por esta razón, gracias, antes de nada, por vuestra disponibilidad al servicio de lo más difícil, lo más complicado en el servicio a la Iglesia.

## **2. Jóvenes en la Iglesia: presencia y ausencia**

La juventud implica un universo especial dentro de la sociedad. Ser joven significa vivir una especie de *microclima* dentro de la *atmósfera* común que viven todas las personas que forman el conjunto de una sociedad. Los jóvenes tienen sus propias ideas, su propio lenguaje y sus propios sueños. La Iglesia representa un papel importante para un grupo no muy grande del conjunto de los jóvenes de nuestro país. Todavía hay un número considerable de jóvenes cristianos, y éstos tienen un papel muy importante en la tarea misionera de la Iglesia.

Los datos a este respecto los podéis encontrar en el Informe de la Fundación Santa María “JÓVENES 2000 Y RELIGIÓN” del presente año. En la presentación de este Informe que se celebró en la Facultad de Teología de Granada (18 de Mayo de 2004), el sociólogo Prof. Francisco Carmona, uno de los colaboradores en el volumen, señalaba que los jóvenes sitúan a la Iglesia en el mismo lugar en el que la sitúa la sociedad. No es muy distinta la idea que tienen los jóvenes sobre la Iglesia que la que tienen muchas personas que pertenecen al mundo adulto y a la vida profesional. La Iglesia no tiene un papel importante. El interés y la atención que despierta es más bien poca.

Frente a la Iglesia, los jóvenes se sitúan en tres grupos:

1. Unos pasan completamente de ella, y son muy felices sin ella. La Iglesia es pura materia de comentario para la cafetería de la facultad o el instituto, pero sin abusar del tema. También los hay de esos herederos de la época de las grandes ideologías, que son los “rayaos” anticlericales y anti-eclesiales, los “desfasaos” que todavía viven como si hubiera que ir en contra de las instituciones (porque, para que nos vamos a engañar, a los jóvenes de ahora no les importan nada las instituciones ni cambiar el mundo radicalmente). Los padres quisieron hacerlo y ahora viven acomodados y sometidos al dinero y al trabajo. En fin, en vista de su éxito, a la mayoría no nos importa nada su lucha hoy frustrada.
2. Otros han recibido la fe en la familia o en el colegio, y la mantienen en los mínimos. Son los creyentes, alguna vez participantes, pero poco practicantes. Claro, que esto de poco practicantes depende de cómo se mire: si practicar es acudir a los actos litúrgicos, no son nada practicantes; pero si practicar suponer el mandamiento cristiano, sí son de los nuestros: generosos y solidarios, testigos de un evangelio de amor y responsabilidad, pero carentes de una vida comunitaria que les permita crecer en la fe y en el servicio a la misión de la Iglesia. Por eso, será mejor llamarles “cristianos a medias” o “cristianos solitarios” que decirles no practicantes. Ojalá muchos de los que “practican” practicasen lo que ellos...
3. Finalmente, los “de casa”, los que son cristianos comprometidos en procesos de crecimiento en la fe y en dinámicas de grupos o comunidades juveniles. Son “los nuestros”, los que viven, comparten, se forman, celebran y dan testimonio en nuestras parroquias o grupos de pastoral juvenil. Forman parte de la comunidad cristiana adulta y aportan su disponibilidad y su creatividad al servicio de la vida comunitaria.

¿A quién va dirigida la misión? Pues a los tres grupos, a todos ellos. A los primeros, como oferta del primer anuncio de la salvación. A los segundos, como provocador de una vida cristiana más completa y que abarque todas las dimensiones de la fe. A los terceros, porque ellos son los auténticos misioneros que la Iglesia necesita para compartir la experiencia del Amor de Dios con otros jóvenes.

La presencia de los jóvenes en la Iglesia aún es significativa. Pero hay que reconocer que corresponden a lugares donde se hace un esfuerzo evangelizador muy importante, que implica buenos evangelizadores y unas condiciones que favorecen la presencia de los mismos en comunidades cristianas. Y también hay que denunciar que a muchos jóvenes vinculados a la Iglesia a través de parroquias, colegios o grupos, los estamos echando fuera con nuestras obsesiones y rigideces. Por eso, es muy importante reconocer que la presencia o ausencia de los jóvenes en la Iglesia se debe en gran medida a la misma Iglesia, a lo que ofrece, a su disponibilidad, a su acogida, a su interés. Suena duro, pero hay lo que nosotros queremos que haya. O lo que nos dejan que haya, porque claro, también los que mandan (algunos hasta sirven) poseen en su mano muchos de los elementos necesarios para evangelizar a los jóvenes.

A la hora de valorar el presente, siempre tendemos a ver con más fuerza lo negativo que lo positivo. Es una dinámica que nos ocupa mucho tiempo y merma fuerzas, pero que siempre se nos filtra. Quizás el defecto consista en enjuiciar el presente apoyados en el pasado, dando por supuesto que el pasado era mejor. A lo mejor, lo primero que debemos hacer a la hora de plantearnos la presencia de los jóvenes en la Iglesia y en la sociedad es partir de la realidad actual, y no ceder a las 'plantillas' que impone el pasado. No hay que pensar en lo que nosotros vivimos o en los grupos que animamos o conocidos. El recuerdo de épocas gloriosas es enemigo de la Pastoral Juvenil.

También es posible que nuestro juicio sea negativo porque evaluamos la realidad desde un modelo o ideal que no existe, que sólo está en nuestras cabezas, muy claro y muy definido, pero que no encaja en absoluto con la realidad. Esto es algo que pasa mucho –y me vais a permitir el ejemplo, porque muchos de los que estamos aquí somos personas religiosas que han pasado por procesos formativos- en nuestras estructuras de formación, creadas para hacernos conforme a los que ya lo son, y que tienen muy poco en cuenta la realidad de los jóvenes. Les contamos el ideal (¡muy bonito todo, señora!) pero les obligamos a vivir "lo real" que ya han decidido los adultos. En la oferta de vida cristiana y de Iglesia que hacemos a los jóvenes les presentamos una Iglesia "demasiado hecha", un filete tan pasado que no hay quien lo mastique en muchos casos. Y se van fuera los que disfrutaban con un jugoso filete sangrante y fresco.

Al querer valorar la presencia y respuesta de los jóvenes a la fe en la Iglesia, ¿no será que establecemos un nivel para ellos que, por supuesto, no existe? ¿No será que nuestro modelo de Iglesia no existe y, además, es imposible que exista? ¿No será que partimos de nosotros mismos y no de ellos? ¿No será que no queremos inculturar o encarnar el Evangelio en los jóvenes, sino eclesializarlos y clericalizarlos?

Nos preguntamos: los que están, los presentes, ¿por qué están?

1. Porque tienen una fe a prueba de bombas, a pesar de lo que nosotros pensamos sobre ellos y sus deficiencias formativas y teológicas.

2. Porque tienen más moral que el Alcoyano, ya que aguantan carros y carretas de nuestra parte.
3. Porque su entorno familiar, educativo, parroquial, etc. les ofrece realmente un espacio adecuado para vivir la fe.
4. Porque han buscado, porque vivían la inquietud de la fe y ellos mismos han dado con los lugares donde están viviendo la fe.
5. Porque han encontrado un espacio donde vivir la fe según su estilo de vida, sus formas de expresión, un espacio de acogida y libertad donde se sienten parte activa y comprometida.
6. Porque tienen un papel, porque son valorados y también se ven urgidos y exigidos por el Evangelio.

Hagamos la pregunta contraria: ¿Por qué no están los que no están?

1. Porque no ha habido un anuncio del Evangelio.
2. Porque la formación en la fe ha sido deficiente.
3. Porque se han cansado y se han ido.
4. Porque han tenido malas experiencias.
5. Porque rechazan nuestras creencias y doctrinas contenidas en esquemas mitológicos arcaicos o en precisas fórmulas teológicas incompresibles.
6. Porque han renunciado a seguir participando de un “campo de coliflores”.
7. Porque no encuentran un lugar donde sentirse identificados (comunidad).
8. Porque prefieren estar en otros colectivos más comprometidos con la realidad y menos exigentes.

Podemos concluir que la presencia o ausencia de los jóvenes en la Iglesia está a merced de los evangelizadores y las comunidades cristianas. Cuando la Iglesia anuncia, da testimonio, vive y celebra en comunidad, hay jóvenes. Pero sobre todo si se da un anuncio explícito dirigido a ellos y cauces de contacto de los evangelizadores con su mundo, o mejor dicho, cuando los misioneros van a sus mundos.

### **3. Cómo sintonizar con ellos**

En la Iglesia no podemos dejar de afrontar con urgencia el anuncio del Evangelio de Jesucristo a los jóvenes. Es el reto de la Iglesia de hoy, si es que la Iglesia desea permanecer comprometida con el mandato del Señor a la primera comunidad cristiana (cf. Mt 28, 18-20). Para evangelizar y misionar a los jóvenes necesitamos, en primer lugar, sintonizar con ellos. Sintonizar no es tanto cuestión de edad como de mentalidad. Y no todos estamos capacitados para sintonizar. Hace falta olfato y apertura.

En algunos puestos de responsabilidad pastoral con jóvenes se coloca a veces a jóvenes por el mero hecho de serlo (jóvenes sacerdotes, religiosos o laicos) sin percibir que su mentalidad es la misma que tenía S.S. Inocencio III, y que viven anclados en la Edad Media. La piedad o la sumisión no es un criterio válido para ofrecer a una persona esta responsabilidad tan grave para la Iglesia

de hoy. Tampoco hay que entregarla a esos personajes que se pasean por todo tipo de congresos o jornadas que abordan estos temas. La formación no es garantía exclusiva de capacitación evangelizadora.

En esta tarea de la misión con los jóvenes (no a los jóvenes) creo que necesitamos dar unos pasos, tanto para acercarnos a los alejados como para compartir la fe con los cercanos:

1. *Convicción (nuestra) de que ésta es una tarea de todos.* No importa lo que digan los miles de papeles oficiales que salen de órganos de gobierno o pensadores de gabinete. La Iglesia ya tiene muchos papeles, pero siguen haciendo falta personas que afronten retos actuales y se dejen la piel por ellos.
2. *Todos debemos estar dispuestos a acoger y recibir, y dejarnos molestar por los jóvenes.* Muy importante, porque los jóvenes no tienen el ritmo de vida de un sacerdote, o de un religioso, o de un profesional de cualquier tipo. Los jóvenes tienen su ritmo, sus horarios y sus intereses. Y ahí es donde cae la semilla del Evangelio, no donde la estamos tirando en muchos casos. Es lógico que estemos convencidos de algunas cosas fundamentales y no estemos dispuestos a ceder en ellas, pero no hay que lanzar la semilla donde no va a crecer. Hay que ser un poco más avispados y adaptarse a ellos. Nosotros somos misioneros, no miembros de una Sagrada Congregación. A nosotros no se nos ha encomendado la tarea de custodiar el depósito de la fe, sino el anuncio misionero del Señor Jesús. Si tus horarios o tu forma de vida no entra en contacto con la de ellos, si tus responsabilidades pastorales son tantas, olvídate de esto. Si tienes muchas cosas que hacer, y muy importantes, entonces es que esto no es tan importante para ti. Y decimos más: la misión con los jóvenes no es importante, es urgente.
3. *Eso significa dedicar 25 horas al día, 8 días a la semana, con un estómago de hierro para resistir todo tipo de "chorradas".* Ser joven es entrar en otra dimensión de pensamiento menos organizado, menos manipulado por el agobio de la vida y las responsabilidades tan serias que nos convierten en adultos. Los jóvenes son responsables, y no son tan frívolos como creen tantos evangelizadores, pero sus niveles están colocados en lo que realmente mueve su vida. Si se trata de llevar la Vida de Cristo a su vida, hay que ser más ágiles, más espontáneos, más relajados en la concepción del tiempo. No queremos decir con esto que hay que convertirse en "uno de ellos", pero sí que hay que ser "uno con ellos".
4. *Estar en "su mundo".* Es fantástico el nivel cultural que tenemos muchos de nosotros, grandes entendidos en el arte clásico, la filosofía, los maestros de la música, la historia, la Biblia, la liturgia, etc. pero a ellos les importa más bien poco. Un joven no trata de ser un erudito, sino de ser "normal", de estar al día. Hay que escuchar sus canciones, ver lo que ven y hablar de ello entendiendo sus palabras. Su estética es un lenguaje que no todos quieren interpretar, aunque los hay que

enseguida echan mano de “cursillitos” de psicología para analizarlos y etiquetarlos. No hay que juzgar o evaluar su mundo, porque no es el tuyo seguramente, y por eso no lo comprendes. Hay que vivirlo, recibirlo y compartirlo como don de Dios que también es.

5. *Ser punto de referencia vital desde la vivencia propia del misterio de Dios.* Este es el secreto de ser “uno con ellos”. No soy como tú, pero ofrezco lo que da sentido a mi vida y creo que también puede dar sentido a la tuya. Eso sí, lo que yo te ofrezco no es mío, y puede ser tuyo. No soy como tú, pero estoy contigo. El Evangelio es algo aceptable, queremos decir, que se puede aceptar a pesar de la edad que se tenga o por encima de lo que se está viviendo. El Evangelio llega y llena a todo aquel que quiere recibir el don de Dios. Y no seré yo quien te lo niegue o quien te lo “venda defectuoso” o “manipulado”.

Para sintonizar con los jóvenes, personas geniales y necesitadas de tantas experiencias, debemos preguntarnos siempre: *¿qué pretendemos?* Éste es el acto de honestidad que se anticipa a la misión explícita. Si lo que pretendemos es llenar la Iglesia de jóvenes o acudir masivamente a un encuentro del Papa, entonces todos nuestros esfuerzos serán muy poco recompensados. El objetivo de la misión es dar a conocer la buena noticia de Jesucristo, y eso es dejar que él elija a quien quiera y suscite un proceso de vida cristiana en él y su comunidad. La misión no atrae adeptos, sino que convoca a llamados y alejados para compartir un descubrimiento, una experiencia, y formar juntos un grupo en el que seguir al Señor.

Esta convicción, este objetivo, implica que la comunidad que se misiona se transforma y actualiza para acoger a los misionados (no importa cuántos sean éstos). Si vamos a anunciar el evangelio a los jóvenes, no es que estemos dispuestos a cambiar un poco nuestro estilo de vida, de celebración, de catequesis; es que ya estamos cambiando, y no ofrecemos lo que ha habido hasta hoy, porque ya hemos visto que no ha dado resultado. Afirmar esto comprende, como vemos, dos movimientos: el misionero, que está en contacto con los jóvenes y ofrece la Buena Noticia del Señor, y la comunidad en la que se misiona, que se deja transformar por la misma dinámica misionera.

La misión quiere llegar a los jóvenes porque sabe que el Señor es salvación y felicidad para todas las personas. La Iglesia, fiel al mandato del Señor, pretende comunicar una Buena Noticia, y no mantener horarios, grupos y calendarios festivo-sacramentales. La comunidad que se pone en misión pretende que muchas más personas vivan la fe y el servicio en comunidad, construyendo el Reino de Dios. Es una comunidad transformada y transfigurada para ser realmente misionera y sacramento universal de salvación.

Si lo que pretendemos es ser fieles a la misión que Dios nos ha encomendado, entonces los esquemas de propuesta y anuncio del Evangelio han de ser nuevos, diferentes, adaptados y audaces. Ésa es la labor del misionero: actualizar la Buena Noticia de Jesús a aquellos que la escuchan. Con los jóvenes no se puede repetir. Siempre hay que innovar e intentar. Sintonizar con

ellos significa estar en donde ellos están, ir a su encuentro, y hablar el lenguaje que ellos entienden. Si escuchas, vendrán las palabras a ti.

Como Iglesia, como conjunto de agentes evangelizadores, también hay que *personalizar más*, y al mismo tiempo *ser más claros*. Hay que apostar por el encuentro personal y ofrecer un mensaje que se concrete en la vida de la persona que está delante, sin generalizar. Además, como conjunto, necesitamos ser más claros con lo que ofrecemos y no divagar con eclesiologías fantásticas o relaciones con Dios de esas que no existen. Esta afirmación responde a una dificultad que nos persigue: no estamos unidos y no estamos de acuerdo todos los de la Iglesia. Las propuestas pastorales de una parroquia o una pastoral juvenil diocesana no se parecen en nada a las propuestas que hacen los movimientos, por ejemplo. Y la vida cristiana no se presenta de la misma forma en una “parcela de Iglesia” que en otra. Tenemos que dejar claro qué tipo de iglesia anunciamos y estamos empeñados en construir.

#### **4. Cauces para la misión con jóvenes**

Ninguna novedad vamos a aportar aquí. Los cauces son de sobra conocidos, pero poco trabajados en profundidad. La Misión pone en movimiento hacia los jóvenes y sale a su encuentro. Éstos son algunos de los lugares en los que hay que situarse al hacer la propuesta misionera:

- a) *La calle*, que es el lugar de encuentro por antonomasia. Nadie sale a la calle diciendo: “Cristo es la respuesta a todas tus preguntas”. Ocupa el primer lugar porque tiene el primer lugar para los jóvenes. Y aquí es donde necesitamos otros jóvenes que ofrezcan “boca a boca” una alternativa a su vida cotidiana en la misión. Ver un hábito no es que ayude mucho, porque la verdad, los jóvenes pasan de uniformes y condecoraciones. Ver un rostro adulto, mayor, tampoco despierta mucho interés. De ahí la importancia, para llegar a la calle, de implicar en la misión a jóvenes misioneros o a los jóvenes comprometidos de la comunidad (si los hubiere, claro está).
- b) *Los locales de encuentro y ocio (bares, cafeterías, pubs, etc.)*. Esto debería de ser de obligado conocimiento para los misioneros. Seguro que muchos de ellos ya tienen una especialidad en estos locales. Y eso es laudable. A los jóvenes no les preocupa que un misionero vaya a un bar; les preocupa que no vaya. Sospechan que no puede ser normal. Y su presencia allí, el colocar un cartel, y ofrecer una tertulia con temas de esos que incluso a nosotros nos ponen al rojo vivo, es siempre una forma de provocar. No es mal camino éste de la provocación. Es más, sólo el arriesgarse a esto suscita en muchos interés por el mensaje que quieres compartir.
- c) *Las comunidades educativas y de formación (colegios, institutos y facultades)*, donde transcurre gran parte del día de los jóvenes. Sabemos bien que no siempre hay posibilidad de tener acceso a estos espacios, si no lo facilita alguna persona del centro implicada en la misión o tolerante con este tipo de propuestas. Y los colegios cristianos son un buen lugar para presentar la misión también, porque quizás la visión de la fe está muy

relacionada con las figuras de autoridad del colegio o con la disciplina del centro. Una cara nueva con propuestas nuevas puede hacer que muchos que se están yendo vuelvan.

- d) *La familia*. Es la última porque quizás es el espacio con menor libertad de movimientos para los jóvenes. Además, en muchos casos la familia no es creyente, y se convierte más bien en una dificultad. En otros, es tan cristiana que estorba a la decisión libre de los jóvenes. Pero honrosas excepciones hacen que no dejemos de lado este espacio fundamental.

Todas estas realidades sirven tanto para la misión extraordinaria como para la pastoral juvenil cotidiana. Es verdad que algunas son más características de unas que de otras. Pero todas pueden combinarse. Y muchos se preguntarán porque no hemos puesto como cauce de acercamiento misionero a los jóvenes la iglesia o la parroquia. Está claro, porque si la iglesia es un cauce para que vengan, nos estamos quedando en casa a esperar. Y eso no es misionero; eso es catecumenal o pastoral.

La parroquia o cualquier otro tipo de comunidad de fe puede ser cauce misionero cuando en ella se vive una dinámica cotidiana de evangelización con jóvenes. Hay comunidades cristianas que son, por sí mismas, misioneras, porque se han convertido en centros de evangelización y convocatoria para los jóvenes. Son esos lugares de referencia que hay en algunas ciudades y pueblos de nuestra geografía, donde se dan unas condiciones excepcionales que despiertan el interés de no pocos jóvenes. ¿Qué tienen estas comunidades misioneras entregadas a la pastoral juvenil?

- a) *Una oferta realmente misionera en todos los campos: formativo, grupos, litúrgico-celebrativo, comunitario, iniciático-catecumenal, etc.* Una comunidad dinámica y creativa, con una pizca de riesgo y aventura, despierta interés en el lugar donde está. Lo que se ofrece, si es bueno, llama la atención. Para esto hace falta una gran dosis de trabajo en equipo y la participación de los mismos jóvenes cristianos en la configuración de la oferta pastoral. Su secreto está en la preparación de los agentes y en la implicación progresiva de todas las personas que se van acercando. Para eso, hay que conocer muy bien qué intereses tiene la gente, y apostar por diferentes intentos y ensayos.
- b) *Un clima comunitario joven*: igual que sabemos que dinero llama a dinero (o al menos eso dice el refrán), jóvenes llaman a jóvenes. Las comunidades con un gran trabajo en pastoral juvenil se caracterizan porque los jóvenes tienen un peso muy grande en las diferentes áreas de esa comunidad. No hay paternalismo ni infantilismo en la pastoral juvenil, sino compromiso y disponibilidad. Evidentemente, estos jóvenes poseen ya un proceso avanzado de crecimiento en la fe e implicación comunitaria, que les invita a manifestarse como misioneros de lo que viven.
- c) *Cercanía de los responsables de la comunidad cristiana (laicos, sacerdotes, religiosos)*. En estas comunidades hay personas

especialmente dedicadas a la pastoral juvenil, pero la vinculación de los jóvenes es a la comunidad, y eso quiere decir que toda la comunidad no sólo se siente responsable sino que participa, de una u otra manera, en la oferta pastoral a los jóvenes. Hay conocimiento, y no amiguismo. Se sienten parte de la “casa” o de la “parroquia”. Además, los responsables no se limitan a “recibir en su casa”, sino que comparten su tiempo con los jóvenes y están con ellos. Casa-iglesia abierta y gente abierta son siempre evangelio vivo.

- d) *La oferta de diálogo cercano y orientación personal.* Cada día es más patente la importancia del trato personal en cualquier tipo de actividad. En cristiano, esto no es ninguna novedad. Todos los entendidos acerca de trabajo pastoral con jóvenes saben de la importancia que tiene el acompañamiento personal. Os invito a leer la magnífica conferencia de Juan Carlos Martos, Claretiano, en las pasadas Jornadas de Pastoral Juvenil Vocacional de CONFER (cf. *El acompañante, educador de trascendencia*, Revista Todos Uno, nº 156, págs. 87-117). Que la gente sepa que en una comunidad cristiana hay alguien dispuesto a escuchar, es fundamental. El enemigo de esta atención pastoral urgente son los horarios y el exceso de actividades. Pero para muchas personas supone un camino de acercamiento a la fe y personalización de su decisión de ser cristiano y formar parte de la Iglesia. Se dan casos de personas no creyentes que se acercan a hablar recomendados por gente que conoce al evangelizador. En ocasiones, surge un encuentro con el Señor a partir de esos momentos.
- e) *Una presencia significativa en los centros educativos.* El colegio o instituto se presenta como un lugar donde proponer el Evangelio. Los Colegios, sobre todo los colegios religiosos, necesitan de una buena presentación y desarrollo de la Pastoral Juvenil. Para ello es necesario buenos agentes de pastoral y buenas actividades pastorales, que se adecúen a la realidad de los alumnos. Y en ellos, un trato familiar y cercano de la persona responsable de la pastoral juvenil, posibilita puntos de contacto entre los jóvenes y el Señor. La pastoral de los colegios necesita ser hoy también misionera, tanto en su presentación, como en los catecumenados que se dan en algunos de ellos, como en las celebraciones que puedan programarse, de gran importancia para tomar contacto con la realidad creyente de los jóvenes.

Éstos son algunos cauces, y como habíamos prometido, no son nada nuevos. Lo nuevo, entonces, habrá de aparecer en los métodos, los lenguajes y las experiencias. Y eso es lo que vamos a desarrollar a continuación.

## **5. Todo nuevo: métodos, lenguajes y experiencias**

La misión con jóvenes exige comenzar siempre, siempre iniciar. La novedad es la clave de la vida misionera, y a la vez su mejor seguro de vida, porque la novedad nos mantiene siempre vivos. Novedad en cristiano es la Encarnación y la Resurrección. Así pues, para que todo sea nuevo, encarnación y resurrección en la tarea misionera.

La encarnación y la resurrección tienen mucho de sorpresa: nadie esperaba esto. Hacer cosas que ya se esperan no forma parte de la vida del misionero. También ambos misterios de la Redención tienen mucho de simbólico: para muchas personas son el signo de lo que buscan, de lo que esperan, de lo que quieren. La misión nos propone ofrecer lo que buscan, lo que esperan y lo que quieren. Ya sé que algunos custodios de la ortodoxia dirán que esto puede llevarnos a correr ciertos peligros. Claro que sí, y por supuesto que no hay que desmadrarse a cualquier precio, pero creo que en la Iglesia pecamos de prudentes y cobardes. Y entre la novedad y la verdad siempre hay un equilibrio, si se quiere evangelizar. Hay, por tanto, que encarnar en nuevos métodos y lenguajes, el anuncio de la Buena Noticia, y resucitar, es decir, volver a suscitar experiencias que pongan a los jóvenes en contacto con Dios a través de los múltiples caminos que hay para llegar a las personas.

*a) Nuevos métodos o una acción pastoral más dinámica:*

Si nos conformamos con lo celebrativo y lo catequético, estaremos construyendo una Iglesia sacramental y funcional, que puede hasta quedarnos muy bien estructurada, pero no será nada misionera. Una comunidad misionera necesita experimentar nuevos métodos y proyectos. Lo de siempre atrae a los de siempre. Lo nuevo atrae a los nuevos. Es lógica básica.

La comunidad cristiana tiene una carga histórica y cultural que debe servir para evangelizar. Los grandes mecenas eclesiásticos encargaban verdaderas "catequesis parlantes" a pintores, escultores, arquitectos y músicos. En las poblaciones rurales hay pocas ofertas que alteren la vida cotidiana. En el ámbito urbano hay muchas, pero las personas que nos rodean tienen un nivel de preparación considerable y en ocasiones acuden a ofertas alternativas a la vida rutinaria de la ciudad. Que en la programación pastoral de una comunidad haya ofertas lúdicas, artísticas y estéticas, es una señal de que esa comunidad no quiere ser puramente funcional. Sabemos muy bien que no somos el Círculo de Bellas Artes (y menos después de la última polémica), pero podemos hacer ofertas misioneras relacionadas con la música, el arte o la estética que despierten un acercamiento a las preguntas de la fe en gente que se aproxima y participa en ellas.

Las cuestiones polémicas de la Iglesia no dejan de aparecer en diferentes medios de comunicación. ¿Por qué todos los demás aprovechan esta baza para maltratar a la Iglesia y nosotros no la utilizamos como elemento evangelizador? Debates, conferencias, mesas redondas, diálogos donde cada uno pueda expresar su opinión y contrastarla con otros son también un método poco trabajado en nuestra pastoral.

Ofrecer espacios para diferentes actividades que tienen relación con el Evangelio es también un método evangelizador. Invitar a colectivos de ayuda a necesitados o a grupos que trabajan compromisos a favor de la justicia, la paz, la salud, etc. es una forma de llegar a aquellos que sienten la urgencia de transformar el mundo. También hay colectivos de personas de todo tipo que buscan un lugar de acogida y reunión, y a veces nos encontramos con la

sorpresa de ver enriquecida nuestra comunidad con nuevos miembros que forman parte de esos colectivos.

*b) Nuevos lenguajes o la capacidad de hablar de la vida, con sus palabras, desde Dios:*

El tema del lenguaje es fundamental cuando hablamos de jóvenes. Para muchos éste es el gran problema de la misión: hacerse entender y poder entender. Y no hablamos sólo de lenguaje verbal, del que hacemos uso y abuso cotidiano, sino de todos los lenguajes que implica la comunicación interpersonal.

Los misioneros necesitamos ser expertos en hablar de las cosas de la vida. El lenguaje nuevo que evangeliza no es el que nombra muchas veces a Dios, sino el que comunica vivencias personales, experiencias radicales, el que provoca. La gente aprecia a los evangelizadores, y lo sabéis de buena tinta, porque hablan de las cosas de cada día, porque ponen palabras a lo que no son capaces de decir muchos de los que escuchan.

Con los jóvenes hay que hablar claro, directo, y convencido, sin concesiones. No les gustan los discursos que piden perdón desde el principio por si alguien se va a sentir ofendido. Les gustan las cosas tal cual son, sin imposiciones. Y cuidadito con las metáforas, las imágenes, y esa recurrente costumbre de creer que lo que nosotros sabemos lo saben todos (¡que el Génesis no es tan leído como nos creemos!). No es que los jóvenes no tengan un bagaje cultural, porque de todo hay, sino que su pensamiento se basa en la experiencia, no en el conocimiento y la racionalidad, no en la mitología o la historia.

Uno de los lenguajes más comprensibles de nuestro tiempo es el idioma de la solidaridad. Y nosotros ya éramos solidarios antes de que surgieran las ONGs, e incluso teníamos nuestras propias palabras: caridad, fraternidad, etc. La solidaridad abre las puertas a la fe a muchas personas que abrigan el compromiso por todo lo profundamente humano. La solidaridad, el voluntariado, la paz, no se nos pueden olvidar.

El lenguaje de la acogida es también fundamental para la comunidad cristiana. Mostrarse acogedores es fundamental. Este es un lenguaje que crea lazos y que despierta amistades, y en la Iglesia no mantenemos relaciones formales, sino fraternas, de amor de los unos por los otros.

*c) Nuevas experiencias o la aventura de vivir con ellos sin determinar lo que tienen que vivir:*

Todas las experiencias que proponemos o que surgen en la misión con jóvenes son importantes porque buscan el encuentro de las personas con el Señor Resucitado. Ofrecemos la experiencia del amor de Dios, liberador y vivificante. Y hoy, los jóvenes prefieren las distancias cortas y el trato personal a un gran encuentro con actividades interesantes y bonitas.

La primera experiencia que debemos propiciar es el conocimiento personal y la acogida. Saludar, conocer, presentarse y comenzar un diálogo es de gran importancia para un joven. Los jóvenes valoran mucho el “cara a cara”, sobre todo porque les descoloca. Si después de un primer encuentro, tú tomas la iniciativa y dices su nombre, entonces verás cómo se sorprenderá de que te acuerdes. Este contacto cercano nos permite atender a la persona, conocer sus heridas y vivencias, ayudar y ofrecer el Evangelio.

La experiencia cotidiana, del día a día, está claro que siempre toca e interroga. La soledad es uno de los males que atenaza la vida de muchos de los jóvenes de hoy, para los que la amistad es una forma de vida. El encuentro personal acerca a las personas, y proporciona que el misionero sea un interlocutor del joven. Muchas de las personas que se han comprometido en la Iglesia después de vivir una Misión Popular lo han hecho impactados por un encuentro personal con un misionero, con el que han establecido lazos de amistad y cariño.

La diversión es fundamental en nuestra sociedad. Ocupa el tiempo que deja libre el estudio y el trabajo. Es el tiempo que se vive con más intensidad. Es el tiempo donde cada cual es tal cuál es. La misión debería no olvidar la diversión y el ocio como parte de la evangelización. Ahí es donde podemos tocar más de cerca a la persona que tenemos delante. Además, en estos espacios no podemos manipular ni llevar el control como quisiéramos, con lo cual se hace más necesario el genio misionero. En estas situaciones somos verdaderos misioneros: testigos elocuentes que comparten el tesoro que han descubierto.

## **6. Dificultades para rebasar cuanto antes**

Como ya vamos llegando al final, conviene que hablemos claro. Y qué mejor que hacerlo reconociendo cuáles son nuestros límites para poder rebasarlos. Por eso, aquí va una lista de dificultades que hay que salvar para que nuestra misión sea eficaz y verdadera:

- *La falta de prestigio social de la Iglesia en la sociedad.* Tenemos que dejar de aparecer como un grupo de buenas personas que guían por el buen camino, pero que viven aferradas a grandes tradiciones (también los hay que se aferran a la tradición de limpiar vasos y copas, como dice uno de los Evangelistas).
- *Fomento exagerado del cristianismo anónimo.* La comunidad cristiana se nutre de experiencias comunitarias en grupos pequeños, con un “tú a tú” más cercano de sus sacerdotes o sus agentes de pastoral. Es fundamental conocerse y apreciarse. El cariño lo hace el roce y la cercanía.
- *Ofertas trasnochadas para jóvenes.* Eso de “Rosario para jóvenes” está muy bien, pero son “nuestras” cosas para “ellos”. ¿Es que no hay nada que inventar hoy? A lo largo de la historia se inventaron formas nuevas de oración, de participación eclesial, de atención a los pobres... y hoy hay que inventar formas nuevas de evangelización entre nuestra gente. Y que nos quede claro: a los jóvenes les va más lo que viven en el día a día que los grandes encuentros.

- *Excesivo cuidado por la liturgia, separado completamente del discurso de invitación.* La liturgia puede ser misionera cuando hay un esmerado cuidado, pero ¡cuidado!, se trata de cuidar la celebración, no las normas litúrgicas. Es muy bonito el *Veni Creator Spiritus*, pero a algunos no les dice nada. Y nosotros queremos decir, proclamar, profetizar, anunciar. Invitamos a la gente a una comunidad donde vivir y celebrar es gozoso y auténtico, no mimetizado y superorganizado.
- *Falta de insistencia en la alegría personal y comunitaria.* Las personas que llegan a la fe y que deciden formar parte de una comunidad cristiana deben sentirse parte de ella, acogidos y siempre bien recibidos. Por eso, es importante que el clima evangelizador y misionero lleve por delante el signo de la alegría. Una comunidad triste y preocupada contagia a sus evangelizadores, y éstos transmiten más tristeza y preocupación.
- *Falta de agentes de PJ bien formados y “normales”.* Es fundamental apostar por al formación de los agentes para la misión con jóvenes. Por supuesto, si ponemos de manifiesto que han de ser “normales” es porque no siempre es “normal” encontrarse con un joven “normal” que apueste por el trabajo misionero. Hay muchos que han sido prefabricados “al modo curil” o provocan la huida de no pocos jóvenes por sus pintas, sus extravagancias o su excesiva rigidez. Buenos agentes jóvenes pueden desarrollar mejor que nadie la misión con jóvenes. Para eso, hay que invertir en personas, en tiempo, etc.
- *Espacios “cutres” y excesivamente “conventuales”.* En algunos lugares, el espacio para los jóvenes se ha convertido en el elemento de rechazo de éstos. Los jóvenes no están dispuestos a estar en cualquier parte, y si no, preguntadles a los del botellón por qué lo hacen en la calle o en sus casas. La misión con jóvenes también conlleva infraestructuras adecuadas y disponibilidad no sólo de personas, sino de tiempo y espacios.
- *Falta de sensibilidad juvenil y poca escucha de lo que ellos “oyen”.* Los que hemos estudiado teología sabemos que para comenzar a hablar de cualquier cosa hay que partir de la fundamentación bíblica. Ese defecto profesional puede con nosotros en nuestra manera de hablar, en muchos ámbitos de la Iglesia. Necesario y fundamental es participar de la sensibilidad de los jóvenes, y escuchar lo que ellos escuchan, porque es con eso con lo que se identifican, no con el Paso del Mar Rojo como liberación o con la vida de un Santo Ermitaño.
- *Falta de libertad.* Para muchos, ésta es la dificultad más grave. No vamos a negar que de esto hay un poco en la Iglesia. Si verdaderamente “para ser libres, nos liberó Cristo”, hay que dejar ver la verdadera libertad que vivimos. No hay que ser tan dogmáticos, sino más misioneros. Los que abrazan la fe lo hacen porque han encontrado su libertad en Cristo, a través de experiencias liberadoras y espacios donde expresarse libremente y crecer sin presión. Éste es el único camino para la implicación y el compromiso en

la vida comunitaria y el interés por el conocimiento completo de la fe cristiana.

## **7. Teoría y práctica de la misión con los jóvenes**

La misión de la Iglesia no necesita teorías. Su “teoría” está escrita en el Evangelio y hay miles de pensadores dispuestos a desplegarla en sus múltiples publicaciones. A nosotros nos corresponde lo práctico, que también es pensar, por supuesto que sí. Pero pensamos, no sólo antes de actuar, sino también mientras actuamos y después de actuar. Nuestra teoría se modifica y se deja desmontar por la espontaneidad.

Los elementos cotidianos de la vida de los jóvenes tienen que ser pistas para interpretar nuestro trabajo misionero y poder llevar a la práctica lo que está claro en nuestra cabeza. La “práctica religiosa” a los jóvenes les parece pura teoría. Sin embargo, lo sabemos, la misión sólo es el primer paso, la convocatoria, y que después será necesario un proceso de iniciación y formación en la fe que abra a los jóvenes a todos los ámbitos de la vida cristiana. Lo práctico en la misión no es insistir en la práctica o hablar mucho de teorías, sino convocar y anunciar.

Lo práctico, además, es ser “uno con ellos”, y aplicar así la teoría de que lo que no se conoce, ni se ama ni se puede evangelizar. Cuando practico el Evangelio, sé que quien misiona es el Espíritu, y yo, un testigo de lo que Dios puede hacer en las personas. Lo práctico es hablar de lo que vivimos e invitar a compartir la fe con un estilo definido y claro de Iglesia. Y que coincida lo que anuncio con la comunidad a la que invito a los jóvenes a participar. No se puede ofrecer una comunidad que no existe, porque provocaremos decepciones y rechazo.

Es bueno tener teorías, pero la misión es acción. Mientras los misioneros y evangelizadores utilizan en sus programas palabras como “metodología inductiva y evocativa”, ellos escuchan canciones que tú no conoces y que realmente nos dicen cosas. Lo práctico es escuchar, rebuscar el trasfondo cristiano que hay en la sociedad y en las personas, y reclamarlo como cristiano que es, como nuestro. Lo práctico es atender a la necesidad espiritual de la gente, de los jóvenes, y ofrecer una verdadera vida creyente en profundidad, compartida con una comunidad. Lo práctico, en definitiva, es ser prácticos.

## **8. Jóvenes y Misión Popular: retos y posibles respuestas**

Los jóvenes son un auténtico reto para la misión hoy. Es el gran reto de la Iglesia, y la gran esperanza. Y para afrontar este reto, a modo de conclusión, ofrecemos estas posibles respuestas:

- a) *Necesitamos modelos de referencia.* Los evangelizadores han de ser personas de referencia, que señalen muy bien qué es lo que ofrecemos con su propio testimonio vital. Referentes adultos y acompañantes. Gente con una identidad firme y una personalidad organizada. Es urgente este tipo de evangelizador.

- b) *No poner modelos de 'los nuestros'*, de esos que a algunos les han servido para orientar una vida y estimular su testimonio: Oscar Romero, Madre Teresa... A los jóvenes no les interesan los muertos, por muy santos que sean. Les interesan los vivos. Les interesa la gente que conocen de cerca, con la que pueden hablar.
- c) *Atención especial a los jóvenes que pasan de creyentes a no creyentes*, o que abandonan la participación en la Iglesia. Esta es una urgencia misionera, tanto para la misión popular como para la pastoral ordinaria de la Iglesia. Esta atención obliga a cuidar con detalle nuestras comunidades cristianas, sus grupos, sus catequesis, sus celebraciones.
- d) *Atender a las familias*. La fe no se vive en muchas de ellas. En otras es imposible hablar de la fe o afrontar la iniciación de niños y jóvenes porque no se sabe cómo hacerlo. Ahí es donde tenemos que echar una mano.
- e) *Misioneros jóvenes*. Como ya dijimos, los jóvenes evangelizan a los jóvenes, y los misioneros jóvenes son necesarios hoy más que nunca. El trabajo no puede ser hecho por 'coliflores'. Para esto es necesario:
- ofrecer al vocación misionera de todo tipo
  - confiar en ellos y en su responsabilidad
  - perder tiempo con ellos y compartir la vida
  - ofrecer una buena formación
  - proponer experiencias de misión
- f) *El fundamento del trabajo misionero y pastoral con los jóvenes es "hacer- hacer"*, trabajar codo con codo y entregar responsabilidades. Los jóvenes no quieren ser corderitos, y se reconocen con capacidad para asumir responsabilidades. Integrarlos en la marcha de la comunidad les ofrece un camino de encuentro con la realidad eclesial y la oportunidad de sentirse protagonistas en medio de un grupo.
- g) *Abandonar lo clásico*: conceptos, virtudes, normas, liturgias... y dejarnos conducir con ellos a una nueva experiencia de Dios. El reto de la novedad, de lo dinámico, de lo creativo, es quizás el más complicado de afrontar, pero el más urgente.
- h) *Ante todo, que la invitación se corresponda con la realidad de lo que ofrecemos*. Hay que decir la verdad y ofrecer realmente lo que se dice. Si no, lo dejamos. Y si no, ellos nos dejarán. Coincidencia entre la Iglesia que presento y la Iglesia en la que se integran.
- i) *Cuidar lo celebrativo como elemento evangelizador*. La importancia de la celebración de la eucaristía de cada domingo es capital. Los jóvenes disfrutan con una buena celebración, y se convierte para ellos en una referencia vital en la semana. Su participación, además, sabemos que es capaz de aportar savia nueva a toda una comunidad de fe.

- j) *Agilidad y audacia* para adaptarse a las situaciones, a los cambios, a las dificultades que se van presentando. Agilidad, porque la vida va deprisa hoy, y no podemos esperar a meditar con cuidado el siguiente paso. Audacia, porque como calculemos mucho, nos quedaremos solos.

Para terminar, no podemos olvidar que el Señor Jesús está con nosotros. Él envía su Espíritu para evangelizarnos y evangelizar a los jóvenes. Abandonemos, no nuestra antigua de pecado, que seguro que la hemos dejado atrás, sino aquello para lo que nos educaron, lo prefabricado, lo dado, y pasemos a ser realmente misioneros.

Laureano Del Otero Sevillano CSSR  
**Presidente del Secretariado de Pastoral Juvenil Vocacional Redentorista de España**